

MOSAICOS DEL VIRREYNATO DE AMAT.

La experiencia obtenida en los ensayos monográficos de los alumnos—por iniciativa laudable del Decano de la Facultad de Letras, Dr. H. H. Urteaga, en la sección histórica—es sumamente halagadora. No sólo se ha logrado que los estudiantes realicen esfuerzos disciplinados de investigación, sino, y esto es lo más trascendente, que sientan la inquietud del estudioso, frente al pasado que historian, y busquen, con afán encomiable, los hitos del ayer que marcan el proceso evolutivo de nuestras instituciones y de nuestra mentalidad.

El estudio, "El origen de la gran propiedad de la Tierra en el período colonial", del alumno García Ponce, es un estudio mesurado, sobrio, que señala, históricamente, el paso de la propiedad territorial del incario, a la ficta de los reyes españoles, primero, y a la legal de los colonizadores, después.

"Mosaicos del Virreinato de Amat", trabajo del alumno del Pozo, descubre la aparición del criollismo, como fuerza social peruana, dentro del auge pleno de la "señorilidad" colonial, a despecho de la tradición conservadora monárquica, que pugna por sofocarlo.

La cátedra comprueba, con gran satisfacción, el afecto decidido del alumnado al estudio de la historia del coloniaje, como vida, como palpitación peruana, en aquellas horas, ya lejanas, en que se gestaba nuestra genuina cultura. Los trabajos que siguen, confirman este último aserto.

José M. Valega.

PROEMIO

La Historia, en síntesis, es la auscultación del ritmo vital del pasado. No consideramos como el mejor historiador a quien, en una colección que puede formar toda una biblioteca, nos desalienta

con una balumba de guerras, tratados, actos de gobierno y biografías. Para nosotros, tal título solo lo merecen quienes son capaces de hacernos sentir el pasado reviviendo su espíritu. Dentro de nuestra Historia despierta el mayor interés la vida diaria de los hombres que fueron, que la llegada de los Obispos o las guerras de España. En su vida hogareña, en sus vicios, en sus placeres, en su reacción frente al acaecer universal, encontraremos el origen de nuestra propia espiritualidad. De ahí el inestimable valor de los diarios de Suardo y los Mugaburu (1). Y de ahí también el origen del presente trabajo, "MOSAICOS DEL VIRREYNATO DE AMAT", que a muchos puede parecerles algo trivial, anecdótico, bueno para ser narrado en charlas de sobremesa, a manera de misceláneas, pero sin mayor mérito como tema de Historia del Perú.

En los nueve mosaicos que integran el trabajo en cuestión: (2).

- I.—La Lima que dejó Amat.
- II.—Las musas coloniales y la llegada de Amat.
- III.—Amat y la Perricholi.
- IV.—El Teatro en el Perú y Amat.
- V.—Amat y las peleas de gallos.
- VI.—Aporte de Amat a la tauromaquia colonial.
- VII.—Sentido del café en la Colonia.
- VIII.—La Gaceta de Lima.
- IX.—El drama de Los Palanganas.

hemos procurado buscar la fibra originaria de nuestro criollismo republicano. Tal vez por falta de capacitación no lo hayamos logrado. Pero valga siquiera como intento ya que, por lo menos, voluntad no nos ha faltado.

LIMA HACIA EL 1776

Amat, entre los virreyes, es quizá el que más se preocupó por que Lima presentara, a peruanos y extranjeros, el aspecto de lo que era: de capital del virreynato más rico de América.

A su advenimiento, Lima no es ya la ciudad suntuosa y opulenta que el Conde de la Granja, en su hagiográfico poema "Vida de Santa Rosa de Santa María", describe como escenario de la

(1) El Diario de Lima (1640-1690) de Francisco de Mugaburu y José de Mugaburu, se publicó por primera vez en la Colección de libros y Documentos para la Historia del Perú editados por el Dr. Horacio Urteaga y D. Carlos A. Romero en Lima, (1916-1937) y el Diario de Lima de Suardo se editó por la Municipalidad de Lima en conmemoración del IV Centenario de la Fundación de la Ciudad.

(2) Sólo se publican los tres primeros en el presente número por razones de espacio.

mística vida de la Virgen de Quives. El terremoto de 1746 arruinó su grandeza arquitectónica. No ha sido suficiente la laboriosidad del Conde de Superunda para reconstruirla. Además, si el susto ha pasado, con el temor no ha ocurrido lo mismo. Por eso, en la fábrica se emplea el material liviano sobre todo. Madera, barro, caña, son los principales elementos de construcción. Amat prosigue la obra reconstructora de Manso de Velasco. Y proyecta todavía más allá su visión de español admirador de Versalles, modelo de corte para los príncipes de todos los tiempos. Desde que entró al gobierno de este reyno, fue una de sus principales preocupaciones “facilitar los principales ornamentos, mantener la limpieza y habilitar de los más necesarios caminos a esta Lima tan populosa” (3). Por eso su actividad edilicia es grande, como la simple ojeada de sus ordenanzas nos lo prueba. Y, por eso, también, al conjuro de su iniciativa, surgen el Coliseo de Comedias, Acho, el Coliseo de Gallos, el Paseo de Aguas, los Cafés, Las Nazarenas, etc. De ahí el interés de la pintura que intentamos hacer, aunque quizá demasiado pálida y mutilada, de la Lima que dejó Amat.

Se ingresaba a Lima por la Portada de Guía. Al penetrar en la ciudad, lo que primero se contemplaba era el arrabal de Malmambo. Pulperías, tambos, chinganas, cocinerías, mucha gente, mulas y arrieros ponían en este barrio un matiz peculiar con su alboroto. Luego se llegaba al Tambo del Sol, llamado así porque como muestra ostentaba un Sol, “el único que se veía en Lima siempre”, según el mordaz Ayanque. Pasábase después el Puente sobre el Rímac. Refieren los papeles de la época que de noche se estimaba imprudente atravesarlo. Parece que se apostaban allí algunos maleantes, mulatos y españoles la mayoría de las veces, dedicándose al “capeo” (4) y convirtiendo aquel sitio en una “garganta en que a muchos les echaban el cordel al cuello, como se queja Terralla en su “Lima por Dentro y por Fuera” (5). En el Puente cruzábanse el visitante con mucha gente a caballo, pintorescamente ataviada, que iba y venía para cumplir sus cotidianos menesteres o para realizar alguna operación comercial. Desembocábase en seguida en un gran arco, distinguiéndose ya, desde allí, el palacio virreynal. Después se entraba en la Plaza Mayor, cercada de vivanderas, expendedores de carne, vendedores de frutas, especies de asociaciones católicas de auxilios mutuos. Los tatas, “cajones” de los comerciantes en telas y fruslerías femeninas,

(3) “La Imprenta en Lima”, José Toribio Medina, pág. 6, del Tomo III.

(4) Modalidad de hurto, con o sin violencia, según las circunstancias. Consistía en arrebatar a los transeúntes capas y sombreros. En el bando del 2 de Enero de 1762, Amat ordenó que a los individuos aprehendidos en tal delito, “a los que con toda razón se llama “capeadores”—dice el citado virrey—se les aplicara sobre la marcha 200 azotes, remitiéndolos en seguida a un presidio por tres años. Y esto no debe asombrar. Sabido es que una de las características de las leyes de aquella época era la desproporción entre el delito y la pena.

(5) “Lima por Dentro y por Fuera”, pág. 17.

etc. Se destacaba al medio de la Plaza la hermosa fuente de bronce que era orgullo de los limeños y ornamento tal vez si de los mejores entre los que ostentaban las urbes de los virreynatos del Nuevo Mundo. La citada Plaza era entonces, como lo es hoy todavía en muchos pueblos de la sierra, el corazón, el alma, de la ciudad. Recorríanla en uno y otro sentido multitud de personas de ambos sexos y había un zumbido de colmena en torno de todos los puestos. Ora era el obligado regateo porque el precio era demasiado subido.... ¡Dos reales! ¡Qué horror!... Si real y medio era bastante ofrecer!; ora, el chisme tan propio de la Lima que se fue, salpimentado con giros y proloquios dichos con esa donosura particular solo del limeño y tan ingeniosos como estos: ¡Pero si no hay piente ni mamante que no lo sepa! (6); se quedó a chicha fresca (7) porque al son que me tocan bailo (8) y no le doi en la yema del gusto (9). Y no me dé Dios contienda con quien no me entienda: necios y porfiados hacen ricos a los letrados (10). En la "Calle del Peligro" estaban las mixtureras, flores entre flores, vendiendo a galanes y a devotas preciosos manojos de pétalos. Dícese que en esta calle perdieron muchos la faltriguera; pero, por lo que a mí hace, más creo que la enjundia criolla, tan retozona y suspicaz, se ha manifestado en el denominativo y no en el "birle" (11). Quizá en mayor número se perdieron allí corazones que bolsas, en cuyo caso el nombrecito tendría todo el efectismo criollista de una acuarela de Pancho Fierro. A un lado de la Plaza alzaba su fábrica imponente la Catedral, templo de los santos y templo de la limeña que, vestida con preciosa basquiña, bajo la cual asomaba públicamente el extremo del guardainfante, manto de fina seda, jubón escotado, chapines con virillas de perlas, casi invisibles por lo invisible de sus piececitos, peineta de cornalina y abanico de filigrana iba allí a despertar tentaciones y a desdeñar las plegarias mudas, pero expresivas, que balbucían los ojos de algún su devoto.

En cuanto a la ciudad en general, sus edificios ocupaban, incluyendo el arrabal de San Lázaro, algo así como 10 millas. El servicio de agua no era, por supuesto, como el que se suministra a los habitantes de las ciudades de hoy; se hacía por medio de acequias. En invierno, limitado por el tránsito de gentes por las calles; la lluvia y el lodo que ésta formaba las obligaban a permanecer en sus casas. El transporte de mercancías se hacía a lomo de borricos, animales sufridos y calmosos, sobre cuyas carnes ululaba hambriento de empleo el látigo del conductor, un negro o un mulato pintorescamente vestido, que castigaba al rucio a veces con implaca-

(6) "Drama de los Palanganas Veterano y Bisoño", autor anónimo, 1776, pág. 66.

(7) Ob. cit. pág. 46.

(8) Ob. cit. pág. 68.

(9) Ob. cit. pág. 68.

(10) Obra citada.

(11) Robo, en nuestra actual jerga callejera.

ble furor, motivando aquel adagio de que "Lima es cielo de mujeres, purgatorio de hombres e infierno de borricos; que aún en nuestros días es moneda corriente. Había también para la conducción de carga un servicio de carretas. Por las calles rodaban continuamente, pero con lentitud, a paso de ceremonial, muchos coches, tirados por briosos caballos y guiados por un mulato de palaciega librea. Arrellanados en la blanda cojinería de sus interiores iban caballeros de mucho valimento y rimbombantes apellidos. Las calesas guiadas por negros enfundados en terciopelos y oropeles, cual correspondía a los esclavos de casas nobles, conducían a encopetadas damiselas, cuyas "caras muy caras con mil encarecimientos" (12) ponían en juego sus "25 modos de reir y sus más de 40 maneras de mirar" (13), necesitándose mucha habilidad y comedimiento para distinguir íntegras sus facciones entre la espuma de las cortinillas y la indiscreción del barbiquejo.

El forastero podía también contemplar por las calles limenses grupos de comerciantes españoles, ataviados con vistosas capas de grana, jubones de terciopelo asiático, pantalones de riquísimas telas adornados con franjas y agujetas doradas, finas medias, zapatos con hebillas de plata del Potosí y chambergo aterciopelado en cuya ala despuntaba un manojo de plumas. Caminaban con esa petulancia que es propia tan solo del español de aquellos tiempos, conversando amigablemente sobre negocios o sobre noticias llegadas de España, pronto el donaire a flor de labio para echarlo a las limeñas que encontrarán a su paso, mientras a su lado pasaba el negro aguador conduciendo recia mula portadora de dos barriles y anunciativa campana.

Los esclavos de "casas grandes" iban de compras a la Plaza y a las pulperías, conducidas éstas casi siempre por gallegos y andaluces. De noche quebrantaba la monotonía impuesta por la hora, el pregón del tamalero, mientras, en la casa próxima, alguna Doña Remilgos ponía peros al champuz. De sobremesa se estilaba la conversación sobre la fiesta más cercana, o el estreno de un faldellín nuevo o el galán de la amiga. En esto la limeña no ha cambiado en lo mínimo. Se fue la Colonia; vino la Independencia; sobrevino la República. Y ella siempre locuaz, siempre conversadora, siempre despreocupada....

En la mañana se acostumbraba, desde el establecimiento de los cafés, acudir a estos lugares para "hacer" la primera colación. Por real y medio se tomaba un vaso de chocolate en leche de la que ya no se expende desde ese entonces, y dos tostadas de mantequilla, idem. Al dirigirse a la Plaza, se encontraba uno con multitud de tapadas que iban a misa. San Francisco, Sto. Domingo,

(12) Simón Ayanque, "Lima por Dentro y por Fuera".

(13) Carta inserta en el Antiguo Mercurio Peruano sobre los gastos de una tapada, citada por José Gálvez en la Navidad Limeña, publicada para "Nuestra Pequeña Historia" por Juan Miguel Gálvez en el Almanaque Peruano de 1930.

Las Nazarenas, recogían las oraciones diarias de nuestras devotas limeñas. Terminada la misa iban a los "cajones" de los Portales, "de compras", habilidoso pretexto para ir por las calles exacerbando viejos y enardeciendo imberbes. En torno de encajes, medias, ámbar, cintillas, velos, gorgoranes, etc., mariposeaban las hermosuras limeñas, tomando una peineta para coger luego un chantilly y abandonarlo en seguida por una cintilla. En esto tampoco ha variado la limeña. Solo que hoy no va "a los cajones", sino donde "Osaka" o donde "K. Kudo" o donde qué sé yo cual establecimiento de enrevesado nombre nipón, a martirizar dependientes, revolver todas las piezas de seda durante dos horas y a comprar finalmente, cuando ya el japonés no puede más de cansancio, un par de botones cromados ¡de a 10 centavos cada uno!

No era raro que un galán atrevido obsequiara a alguna de nuestras abuelas con un "puchero", mixtura de flores envueltas en hoja de plátano, cuyo precio dejaba la mulata vendedora a discreción del Don Juan. Y si el galán progresaba y era rumboso, la invitaba a tomar un fresco y a servirse algunas frutas, pero las cortejadas no aceptaban más. Si persistía él en malicioso intento, pronto se convencía de que en materia de honra el quijotismo español había hecho carne en el Perú, a punto tal que tras la tentación de canela que eran los cuerpos de las limeñas, existía una alma de leonesa para salvaguardarla, motivo por el cual se veía obligado a abandonar la empresa que con tanto brío acometiera y a encaminarse al café vecino, para sepultar el fracaso entre las risas de alguna mulata asequible—que, según es fama, mujeres así, fáciles, las había en gran número en la urbe virreynal—en tanto saboreaba bizcochuelos, ponche de huevos, vino u horchata (14).

Frecuentemente el "cerézo" (15) veía por las calles jinetes de mucho arreo sobre excelentes bestias; eran los cobradores de cofradías, especies de asociaciones católicas de auxilios mutuos. Los tales, semanalmente, iban de casa en casa cobrando un real a cada socio, cuota que permitía a los deudos de éste enterrarlo a su muerte con decencia, sin que tuvieran que hacer otro gasto. Había también, en las calles, apuntadores de suertes. La lotería se jugaba todos los Lunes. Los números premiados eran 12 o 13 y el premio 125 pesos para cada uno. Los encargados de apuntar las suertes diferían en su propio beneficio la octava parte.

El limeño de antaño hacía sus paseos a los Chorrillos, a la Magdalena, a las Lomas de Lurín o a Surco, aparte del tradicional

(14) Terralla, en su "Lima por Dentro y por Fuera", afirma que en la ciudad de los virreyes grande fue el número de meretrices. Y, nada menos que en el inicio de su obra, refiere que Piura es un sitio ideal para la convalecencia de las enfermedades que lleva consigo el amor vendido por centímetros cúbicos y que todos sus pobladores son personas atacadas de estos males. Aunque exagerada, la noticia tiene su fondo de verdad, ya que el mismo Llano Zapata, persona seria y autor de merecido criterio de autoridad, se ocupa en sus memorias de la prostitución y sus lacras.

(15) Paseante, dicho de aquellos días.

paseo a Amancaes. Allí, deleitados por el paisaje campestre, o marino, según a donde hubieran ido, y tan quedado como el soplo mismo de la brisa, algún caballero con su "niña" entablaban deliciosos y discretos chiqueos, revelados de vez en vez por los graciosos mohínes de ella que terminaban casi siempre con un ¡Guá!, que dijérase de enojo de no saberlo elemento indispensable en las conversaciones de la limeña.

Con más frecuencia que ahora se hacían las visitas antaño, sobre todo entre las mujeres. El motivo era doble: se sabían limeñas, y como tales bonitas y llenas de gracia, dignas de lucir su hermosura y de dar que rabiara a fulanita por la admiración que encendían a su paso por las calles... además la tertulia... ¡Oh, nó; eso no se podía perder!. Para salir, las niñas se daban su mano de gato, como se decía en la época (16), se ponían sus aderezos, el obligado manto, la saya de anafya o el faldellín más hermoso y, por fin, los mejores chapines sustituían a los de "entre casa". Llegadas donde la tía o la amiga de la mamá, con su hablar fluído y rápido, cual cascada juguetona y bulliciosa, ponían una nota de júbilo en la sala amplia, oscura, solemne, representación de la etiqueta y el formulismo obligado en ocasiones que no fueran las de tertulias familiares.

Entre los hombres, la tertulia se trasladó ya al café. Allí se conversaba, se discutía, se leía la "Gaceta de Lima" y se opinaba en voz alta sobre las noticias de la Metrópoli y de Europa en general, y en voz baja sobre el último chisme de las andanzas amorosas del virrey o sobre tal o cual disposición de éste. Esto se acostumbraba en las clases medias. Los caballeros de rancia titulación y nobles apellidos frecuentaban los salones de condes o marqueses y allí entablaban animadas tertulias de relumbrón, en las cuales el sprit galo y el ingenio limeño se daban la mano para erigirse emperadores y recibir la pleitesía de todos aquellos atildados y amanerados señores, entre mistela y mistela, que servían a la concurrencia fornidos ébanos, cubiertos de costosas telas con aplicaciones doradas. Pero, al fin y al cabo, Lima se imponía. El noble abandonaba el protocolo de los salones y se incorporaba a la vida castiza de esta tres veces coronada villa de encantamiento y allá se iba a las huertas del cercado, o a La Piedra Liza o a las picanterías de Abajo el Puente, buscando una alegría sin torturantes limitaciones de formulismo o hipocresía. Y al rodar de su coche, displicentemente, sabiéndose bienquisto y rico, contemplaba a su paisano el "mercachifle" abrumado de mercancías o al mulato supersticioso que se dirigía donde el "médico", algún

Señor Doctor en tercianas
y licenciado en venenos,
Señor de horca y cuchillo
por merced de los ungüentos,

(16) "Darse una mano de gato" equivale a acicalarse.

como, en su fobia contra los galenos, lo caracteriza Caviades. Pero dejemos a nuestro noble: se alegra como el cisne, que antes de morir se acuerda de que no es tan solo una figura decorativa en el lago del parque, sino también una ave como las demás y entonces preceinde de su afectación y canta. Pero demasiado tarde. Dejemos, pues, a nuestro noble. Ya su fin se aproxima. El mulato nos interesa más. El es quien va a imprimir el rasgo característico de la Lima Independiente: el criollismo. Supongamos que el "cerero" de nuestra relación hubiera sentido afecto por lo criollo:

Casa humilde de mulatos. Faltan colgaduras. Faltan muebles enchapados con conchaperlas. Faltan cortinajes. Pero sobra franqueza y sana alegría. Nuestro paseante es invitado a "tomar allí la colación". Sirve una zamba obesa de refranes. Desfilan: la sopa de mondongo, la carapulera, los frijoles con cecina, choclos, camotes, y, por fin, el "zango". Entre plato y plato, se ha paladeado un aguardiente que ha conseguido el mulato anfitrión por arte de birlibirloque. Los comensales, al fin de la comida, se han arrojado una que otra migajilla de pan entre risas y decires donosos, a modo de insinuación amorosa. De repente una de las "medio pelo" asistentes se queja del dolor de muelas. Hay entre los invitados un zambo "doctor". Este le pregunta a la dueña de casa:

—¿Tiene Mora? (17)

—No.

—¿Yerba de la Trinidad? (18)

—Tampoco.

—¿Mastuercito? (19)

—Eso sí.

—Eso sí. «Jorge Puccinelli Converso»

Tráigalo entonces, dice grave el "doctor". Y haciendo con el "mastuercito" una pelotilla, lo introduce en la pieza cariada. Santo remedio. Sea por cualidades inherentes a la yerba en cuestión, o sea por auto-sugestión, el dolor desaparece. Se anima la charla. El mulato pide su guitarra, oronda de cintajos españoles y relumbrante como alhajas de las más finas. Pulsan sus dedos ágiles las notas de una danza criolla. Sale una pareja a bailar "los brazos pendientes o doblados, bajo el rebozo con que van cubiertos; de suerte que no se ven más que las inflexiones del cuerpo y la agilidad de los pies" (20). Los bailarines hacen derroche de esguinces

(17) Yerba empleada por los "médicos" y "dentistas" coloniales. En un palillo se envolvía un pedazo de algodón humedecido en el jugo de aquesta yerba. Se prendía fuego. El paciente recibía el humo en la boca, y así se extraía "los gusanos de las muelas".—Odriozola: "Documentos Literarios del Perú", pág. 25 y sgts.

(18) Se recurría a ella para la limpieza de la dentadura y, cocida, para la cura de los dolores de muelas.—Obra y págs. citadas.

(19) Se introducía en forma de pelotilla en la oquedad producida por la carie.

(20) Así era la danza que vió Frezier en 1713.

y sus pies calan complicados encajes. La gracia y el ritmo del baile de estos mulatos portan el germen de la zamacueca furiosa de alegría sensual que viera Radiguet. No falta mucho para que nazca la Marinera entre maitines de repiqueteantes cajones, de palmas y de tonos aguardentosos. No obstante su triste condición el mulato sabe divertirse. Las trabas que imponen bandos y sermones eclesiásticos las conoce, pero no las acata. No encubre su natural ni encadena sus inclinaciones, como la hemofílica nobleza etiquetera. Es un vulgar pájaro enjaulado, que solo tiene la libertad de revolotear y reír sus trinos dentro de su jaula cuando su dueño no se entretiene en arrancarle las plumas. Cuando se libere cantará también. Y con frenesí. Se embriagará de canto y hará su nido en el callejón republicano: es pájaro humilde. No teme, como el cisne decorativo, mancharse el albo plumaje en las ciénagas. El cisne altivo pretenderá descender a la ciénaga para divertirse conjuntamente con él. Pero, para su dicha de pájaro vulgar, será demasiado tarde. Julio del 21 se acerca, y con él el triunfo del criollismo sobre lo amanerado e impuesto del atildamiento cortesano.

Tal la imagen, deslucida y esbozada apenas con incierto trazo, de la Lima que dejó Amat.

LAS MUSAS COLONIALES Y LA LLEGADA DE AMAT

La musa colonial era perezosa, Sólo se despertaba a la llegada de los virreyes, dice el profesor Ricardo Rojas en su Literatura Argentina. Más que perezosa era pobre. Su acervo se reducía a un montón de informes itálicos y a gran número de conceptos escolásticos. Tenía sentimientos de áulica tartufa; sentimientos cortesianos que se arreglaban a la oportunidad que la Corte les brindaba para manifestarse. No encontramos en ella un sentir artístico de la Naturaleza, ni en su poesía, ni en su prosa literaria. Y es que más que poesía y Literatura hubo—como bien dice Luis Alberto Sánchez—poética y retórica; amaneramiento en ambos casos. Por eso, en la producción literaria virreynal no hallamos ese contagio emocional que exige Tolstoï como característica de la obra de arte. La Naturaleza que en ella se describe es algo erreal, desfigurada, que revela que no ha sido sentida por el rimador. No nos atrevemos a decir por el poeta, ya que sin sentimiento no hay poesía; hay sólo una estructuración más o menos sonora de consonantes y asonantes.

Así como carece la literatura de la colonia de un sentir de la Naturaleza tal cual ella se presenta, carece también de un sentir realista del hombre. Pasiones fuertes, erotismo, epicismo se presentan ante nosotros como a—humanos; no como vivencias y actos de hombres que viven en la tierra, sino como cuadros de guiñol en que marionetes sin carácter propio desempeñan farsas ridículas e incomprensibles entre una nébula de alusiones a la mitología greco-latina.

No podía ser de otra manera. La Literatura, como toda manifestación humana, es expresión de un medio social. Las relaciones sociales que en ese medio se dan la norman y le señalan la pauta dentro de la cual debe enmarcar sus notas. Sociedad absolutista la de nuestro virreynato, tenía que producir ingenios que cultivaran el panegírico, que prostituyeran a las musas alojándolas en la casa de cita de cualquier cenáculo para que allí las poseyeran el virrey, primero, y toda la nobleza adicta a éste, después. Sociedad majigata y fanática, encadenada al edificio sombrío y amenazante de la Inquisición, solo podía abortar artistas que, persiguiendo la alegoría para disfrazar sus deseos, su disposición erótica, su admiración por ésta o por aquella dama, se perdieron en las más infelices abstracciones, dejando a sus obras cubiertas de una pátina obscura como sus prejuicios.

Si alguna lozanía hallamos en la literatura virreynal es en la vena de lo popular, la cual, aunque so juzgada y oprimida por el oficialismo español, logra trasuntarse muy esporádicamente, en canciones intencionadas y versos llenos de aristas punzantes que, en abrumadora mayoría, se presentan desaliñados, faltos de pulimento y alejados de la preceptiva poética. Ella no obstante tiene más aroma a hombre y a tierra. No son expresiones de sentimientos ficticios, sino de impresiones causadas por estímulos reales.

Limitado su vuelo artístico por el estrecho perímetro de la sotana clerical y la casaca nobiliaria, las musas coloniales, ante el peligro de enmudecer, tenían que estar a la expectativa de la oportunidad en que les fuera dado recordar que existían. Ocasiones para que se manifestaran fueron la llegada de un virrey o de un obispo, los cumpleaños de los monarcas y la muerte de reyes y personajes notables. Así, sin libertad, con temas tan nimios y reducidos, reclusa en los salones, alejada del concierto universal por los intereses de la metrópoli, contemplando al pueblo con suicida indiferencia, aislándose de éste por reacción de la sangre azul frente a la vulgar sangre roja de los hijos del arroyo, jamás podía prosperar una literatura honda, trascendente vigorosa a fuerza de ser reflejo de lo real. La única versión escrita tolerada era aquella que satisfacía la vanidad de la clase dirigente, ya fuera exaltándola o gimiendo por la "irreparable pérdida" de uno de sus miembros. De ahí que rasgos inconfundibles y típicos de la Literatura del virreynato sean el ditirambo y la lamentación. Hay más todavía: hasta el verso laudatorio y la oración fúnebre tenían su contralor político. Era este el "Cartel del Certamen", lista de tópicos que se proponía a "los cisnes de este Parnaso" como tema para sus cantos. Se estableció el Cartel a modo de afrodisíaco: para excitar a las musas de la Colonia. Pero estas adolecían de sequedad interior, innegable síntoma de senilidad. Se habían prodiado dema-

siado. Ya no podían segregarse dinamos nuevos. En vano se esperaba una polución vigorosa. Todas sus loas, todos sus elogios salían recortados según el mismo molde de impotencia.

A su llegada a Lima, Amat fué pomposa y magníficamente recibido. En lo festivo hubo toros, comedias, mascaradas, etc. En lo literario, se promovió un certamen poético. En el "Cartel" aparecido para cumplir tal fin comparóse al flamante virrey con Scipion Emiliano, porque "nadie supo mejor que él distribuir el tiempo entre las armas y letras, empleando en cultivar su mente aquellos ratos de ocio que le dejaba la guerra" (21) y se acudió al vaticinio de Don Manuel de Figueroa respecto al mayor florecimiento de las ciencias en América que en otros lugares", por entrar Saturno en el "auge de Capricornio" (22), extremándose la apreciación y viéndose en unos cometas observados con alguna antelación la señal de que el cielo estaba pronosticando ya a estos virreynos "la dicha de la llegada de un príncipe por mejor decirlo digna copia de nuestro Católico Monarca el Señor Don Carlos el Tercero" (23). El mismo mitológico Theseo quedó eclipsado por obra y gracia del ditirambo ante el Señor Don Manuel de Amat y Juniet y solo era "un tenue bosquejo y rudo diseño de la (maravilla) que hoy reluce en el Perú" (24). Y así, en un crescendo laudatorio de manoseados recursos, transcurre todo el Cartel del Certamen, que consta de una proclamación y doce asuntos sobre los cuales cantarán "los famosos ingenios del Peruano Meandro". Para cada asunto había tres premios. Tres estimables premios para tres despreciables versos.

Esbozaremos las proposiciones a cantar. Así nos daremos cuenta del carácter áulico y servil de la Literatura colonial:

I.—Glosar en cuatro décimas, para alabar la nobleza adquirida de Amat respecto a la heroicidad de éste, la siguiente redondilla:

La Estirpe que Majestad
dió tanta del Príncipe, no
se alabe; pues le quedó
deudora a su heroicidad.

II.—Celebrar y contar la excesiva sabiduría del virrey sobre la de Theseo, en doce endechas endecasílabas.

(21) Cartel del Certamen/Nuevo Héroe/de la Fama/en el solemne triunfal/recibimiento del Excmo. Sor./Don Manuel de Amat y Juniet, pág. 7.

(22) Ob. cit. pág. 7.

(23) Ob. cit. pág. 9.

(24) Ob. Cit. pág. 24.

III.—Las musas limeñas han de poner en un romance heroico de veinte coplas “la incomparable grandeza de ánimo, adornada de todas las virtudes que deben ilustrar a un Cristiano Héroe” que son peculiares de Amat.

IV.—Que en ocho liras se dé a conocer la lealtad, justicia e integridad de Amat. En este asunto se cita un episodio que, de ser cierto, desmiente la acusación que se vierte en el “Drama de los Palanganas” respecto a la probidad de Amat. Es el siguiente: poco antes de su partida de tierras araucanas rumbo al Perú el de Juniet publicó un edicto llamando a los habitantes de Chile para que pidieran satisfacción de algún perjuicio que inadvertidamente les hubiera él causado, ordenando a dos oidores de la Real Audiencia que, aún sin su conocimiento, se les resarciese en la cantidad que los citados funcionarios creyeran conveniente. Es fama que en aquel voluntario juicio de residencia todos lo aclamaron, sin haber queja ninguna de él (25).

V.—En la proclamación de este asunto, el Cartel se refiere a la batalla de Bitonto, en la cual Amat, mediante el empleo de su pericia de estratega, venció a un cuerpo de 300 húsares que lo cercaba, no obstante contar él solo con 50 soldados, haciendo lo mismo con otros 300 que salieron en defensa de los primeros. Los “Apolos del Rímac” deben relievár esta gloriosa victoria en 15 versos heroicos latinos y acrósticos, cada uno de los cuales empezará, respectivamente, con cada una de las 15 letras que siguen: D O N M A N U E L D E A M A T Y J U N I E T.

VI.—Se parafrasea a Horacio y se dice: “esto fué atraer a los peñascos y obedecer los montes a la dulzura de la lira”, cuando se habla de cómo Amat, “por la persuasión y la elocuencia”, incorpora a los huasos al reino de Chile. Los poetas de este Pindo han de celebrar las glorias de su virrey en un romance joco-serio de 20 coplas.

VII.—Los cisnes de este Parnaso deben celebrar el celo de gobernante y las dotes de estadista de Amat en 20 redondillas.

VIII.—“Decantad, Oh Musas del Limano Choro el desvelo que tuvo su excelencia en la exaltación del reino de Chile. Celebrad la opulencia que les espera a nuestros campos. Y aplaudid el exceso que en esto hace el nuestro al Griego Héroe (Theseo), en 20 coplas de endechas reales con el último verso en decasílabo” (26).

IX.—La preocupación militar de Amat hizo que en Chile, para asegurar las posesiones españolas contra los ataques de los indios no sujetos, edificara los presidios de Purén, el Nacimiento, Santa Juana, etc.; determinó también el establecimiento de balsas para seguridad de los moradores del Bio-Bio e hizo que se artillara, poderosamente para aquella época, los castillos y fortalezas, trasladando la Plaza de Valdivia a la isla de Manzera para hacer inexpug-

(25) Ob. Cit. pag. 108.

(26) Obra citada, pág. 108.

nable a aquella bahía que servía de antemural de la América Meridional. Estos hechos debían de celebrar los cisnes peruanos en 20 quintillas, así como los mejores de la misma índole que la venida de Amat a estas tierras como virrey iba a dar ocasión.

X.—En el dulce metro de ocho octavas los ingenios peruanos han de cantar la honda significación de las guerras de Amat comparadas con la de Theseo: este luchó por un laurel; aquel por la defensa y custodia de la “verdadera fé”.

XI.—En la proclamación de este asunto se compara la mitológica acción de Theseo el sepultar los cadáveres de sus enemigos, con la virtud y caridad de que ha dado tantas pruebas el caballero de Juniet en Chile y aquí, al destinar a pocos días de su llegada una fuerte cantidad de pesos para socorro de los pobres. También de su piedad y caridad puede decir algo el Hospital de San Andrés, el cual ha visto al visorrey dar de comer con sus propias manos, más de una vez, a los enfermos. Se arguye que Theseo pudo inhumar los dichos cadáveres para que la peste no se infiltrara en su propio campo y que, en último caso, practicó la caridad con muertos y por dogma de sus falsas creencias; mientras que Amat es misericordioso con los vivos. Preserva hombres de la muerte, movido por un principio de la “verdadera Religión”. Los poetas limeños han de difundir esta superioridad del virrey sobre Theseo en ocho estancias, compuestas de una redondilla de endecha y dos endecasílabos pareados.

XII.—Finalmente, los ingenios del “fecundo Rimac” han de aplaudir las glorias militares de su excelencia, celebrando su extraordinaria superioridad sobre las de Theseo.

No puede pedirse mayor anlicismo ni domesticidad en las musas coloniales. Poco ha faltado para que el virrey sea comparado con Dios. Y esto, tan solo en el Cartel del certamen. En los versos hechos por los concursantes la loa tiende a ser lo más hiperbólica posible. Es que el poeta de la Colonia es egotista. Quiere ver su “yo” levantando un palmo sobre el que más alto esté. Pero, paradójamente, le falta personalidad. La domesticidad ha embotado su individualidad. Por si esto fuera poco, le dan no solo el tema, sino también el metro. Lo que quiera decir tendrá que ser encasillado dentro de ciertos cánones y encerrado dentro de cierta forma preestablecida. Su iniciativa quedará reducida tan solo a la tarea de buscar el ditirambo más alambicado y exagerado. Solo así podrá llamar la atención del virrey y lograr ser bienquisto en la corte perulera. Y esto no se crea que es patrimonio de los rimadores. También los hombres doctos cultivaron el discurso laudatorio. Necesitaban asegurar su permanencia en los puestos que ocupaban. Y para ello había que granjearse las simpatías del virrey, véase sino la

“Oración Panegírica/ con que la Real Universidad de San Marcos de Lima, Capital / del Perú/, y en su nombre su Rector/ el Doc. D. Antonio Boza y Garzés/ Abo/godo de esta Real Audien-

cia, celebró en su recibimiento/ al Exmo. Señor/ Don Manuel de Amat/ y Juniet, caballero del orden de San/ Juan, teniente general de los Reales/ ejércitos, Virrey, Gobernador, y Capitán General de estos reynos del/ Perú y Chile/ Díjola/ el doct. D. Miguel de Valdivieso y Torrejón, Catedrático de Prima de Leyes de esta Real Universidad:/ en el día 26 de Junio de 1762”.

que solo es un largo encadenamiento de alabanzas en que se historia de la prosapia de Amat, se divinizan sus acciones, se compara al visorrey con los más altos valores de la historia y se termina diciendo que es tan grande que no admite parangón alguno que, antes por el contrario, los genios mayores deben de ser apreciados tomándolo como punto de referencia.

AMAT Y “LA PERRICHOLI”

Redundante, si no pretencioso, parece el que se escriba sobre Amat y “La Perricholi”, cuando sobre tal asunto han incidido hasta la saciedad las plumas de sesudos historiadores y, en general, las de los más destacados ingenios peruanos. Desde Palma hasta Torres de Vidaurre se ha descrito, con derroche de gracia y exquisitez, este episodio de la vida de la limeñísima Miquita Villegas. Por si esto fuera poco, no ha mucho se ha propalado por la OAX4A un arreglo radio-teatral de los amoríos del caballero de la Cruz de San Genaro con la célebre cómica peruana. Pero al trazar estas líneas muy lejos está de animarnos el pedante deseo de hacer bella literatura, ni menos el de dispendiar frases de barata sensiblería romántica. No hay tal. Solo nos mueve el significado que en la época tuvieron los versallescos amores del senecto virrey: la irrupción del criollismo, personificada en Micaela Villegas, como primera manifestación de su ulterior insurgir.

Nació Micaela Villegas en Huánuco, de padres modestos, en 1739. De Huánuco se trasladó a Lima. ¿La fecha?—No nos interesa. Sabemos sí que poseía alguna instrucción, gran memoria, vivaz ingenio y arrobadora donosura. Recitaba, con gracia incomparable, escenas cómicas de Alarcón y romances caballerescos de Lope y tañía el arpa con envidiable habilidad.

Pequeña, algo gruesa, ágil; rostro oval y tez capulí color; ojos negros y juguetones; labios carnosos con un lunarcito sobre el superior; nariz chiquerritina, de esa que en peruano llamamos “ñatita”; cuello torneado y seno turgente; todos estos tesoros en una envoltura de sedas y encajes hicieron de su debut en 1760 una apoteosis de la mujer criolla en un frenesí de aplausos. No

nos extraña por eso que Don Manuel de Amat y Juniet, Caballero del Orden de San Juan, Teniente General de los Reales ejércitos, Virrey, Gobernador y Capitán General de estos reynos del Perú y Chile, se aliviara del abrumador peso de tanto pergamino para poner todos sus títulos como alfombra para los chapines de Miquita, ni que cometiera por ella, durante tantos años, más calaveradas que cualquier imberbe tarambana.

Conoció Amat a Miquita en las fiestas con que Lima celebró su advenimiento al Virreynato del Perú. Gentileshombres de empolvadas pelucas, cabildantes, oidores, Doctores de la Real Universidad..... todos dijeron al flamante virrey su congratulación hipócrita de áulicos oportunistas, comparándolo con Theseo y haciéndole fuente de todo saber y virtud.

Ese fue el día de lo español.

Llegó, después, el minuto de lo criollo, con su embrujadora Miquita Villegas. El pecho visorreynal, inflado de afectación cortesana, redujo su perímetro en un suspiro de sesentón exacerbado. Y en el orondo representante del español monarca bien pronto a la displicencia y al aburrimento soberano que suscitaban los homenajes de la comparsa oficial, sucedió el asombro primero, la admiración luego y el apasionamiento después. Desde entonces

De nada sirve, virrey
Amat, tu grandeza y fuero.....
Tus privilegios depones
ante un hechizo limeño. (27)

La risa cascabelera y los "pucheritos" de Miquita han encendido en tí abrasador deseo!

Enfurrugada está la nobleza perulera. Los amórbios del virrey con la "cómica" son la tela del escándalo sobre la que los correveidiles, en voz de chisme, bordan leyendas que espantan a la mojigatería. Hay vidas, y destierros, y prisiones de por medio. Es un secreto a voces que "la chola Villegas" dió cuartel a un cierto caballero que de regreso a estos reynos se halló con la ingrata sorpresa de que se le negaba el desembarco. Murió a bordo..... ¿De qué?—Solo él lo supo. Y el virrey también lo sabe. Entre el muerto amador y el real amante de Micaela enhiestan seis letras: V E N E N O (28).

(27) "Leyenda y Delirio de Miquita Villegas", J. Torres de Vidaurre.
(28) "Drama de los Palanganas Veterano y Bisoño".

Pero, eso, Amat, a tí no te importa. Todas las condesas y marquesas no valen siquiera un cabello de Miquita. A ella, por rebonita y graciosa, le corresponde la pleitesía de todos los Casa-Concha y Calatras. Por eso las humillas luciéndote con ella y por eso te vengas de todas las hablillas que se musitan en las tertulias, y oyendo, en la fiesta que te ofrece el Oficial Real de Turno en el Callao, todos los cumplidos de la concurrencia, que no son para las encopetadas damas de sangre azul, sino tan solo para tu regia Miquita (29).

Maza (30) está furioso. Miquita le ha cruzado el rostro con un latiguillo que llevaba durante los ensayos. Se queja ante el virrey. Hay que acallar la voz del amante: debe hablar la máxima autoridad del Perú. Por eso quizá la sanción fue tan dura. Micaela es suspendida: no saldrá a tablas. ¡Ah perricholi (31), obligado a eso! Pero tenía que ser severo; era el virrey.

A consecuencia de la queja de Maza, seguro los amantes tuvieron un disgusto de los grandes, porque al Protonotario, que intervino en favor de Miquita suplicando a Amat que permitiera a ésta el retorno a tablas, respondió el virrey, en tono airado: "No volverá a entrar más. Y si me enfado haré que salga al tablado, que pida perdón al público de sus soberbias, hincada de rodillas, y que después la arroje de allí a patadas, para siempre, uno de los verdugos" (32).

Ya por estos tiempos el visorrey tenía un hijo de la Villegas, Don Manuelito, de quien cuidaba la abuela materna.

Palma recoge textualmente la frase "¡Quítate de ahí, niño, que eres hijo de cabeza grande", frase que el anónimo autor de las palanganas—de quien la tomó Don Ricardo ad-litteram—pone en boca de la madre de La Perricholi cuando hacía retirar a Manuelito de los sitios de sol, allá, en la quinta de la actriz, situada en lo que hoy es la "Baskus & Johnston".

Miquita estuvo alejada del Coliseo de Comedias dos años. Durante ese tiempo fue suplida por la Inesilla, con alguna aceptación del público ya que, tanto en las representaciones como en el can-

(29) Drama de los Palanganas Veterano y Bisoño".

(30) Empresario del Teatro Lima en ese entonces. Tenía contratadas a la Perricholi y a la Inesilla que se disputaban los favores del público, con ventaja para la primera.—Diccionario Teatral, Manuel Moncloa Covarrubias, pág. 97.

(31) Así la llamaba Amat cuando se sentía enfadado con ella. Quería decirle ¡Perra cholal, pero la patria lo traicionaba y cuando él quería profereir un insulto, Cataluña hacía que modulara un mote eufónico que es toda una cifra del criollismo.

(32) Drama de los Palanganas Veterano y Bisoño".—1776.

(33) Ricardo Palma, Tradiciones Peruanas, Genialidades de "La Perricholi".

to, se desempeñaba con bastante éxito. Su reentrée la hizo el 4 de Noviembre del 75. Es de suponer que el orgulloso Amat claudicó antes los mimos y zalamerías de su amante. La víspera presentóse ella en coche, para ir a los ensayos, metiendo gran alboroto en la sociedad. Cuando apareció en tablas la ovación fue estentóreo y prolongada. ¿Cómo no serlo si Miquita representaba la humillación de los títulos y la irrupción de lo criollo a la vida colonial? Tal vez ante lo caluroso del recibimiento turbóse la actriz. Pero ahí estaba su virreynal amador, envanecido de poseer aquel tesoro del Perú que valía por todo el oro de Indias, y complacido de su buen gusto, subrayado frenéticamente por las palmas de los concurrentes. Ahí estaba para darle aplomo y ánimo. “Eh, no hay que turbarse; valor y hacerlo bien”, díjole en voz alta (34) y acto seguido comenzó a llevarle el compás del canto.

La Inesilla, después de haber estado siendo primera actriz durante tanto tiempo, no se resignó a admitir un rol secundario en obras en que la Perricholi fuera estrella, y se retiró de las tablas. Fuése a Las Lomas de Lurín, a cuidar de una criatura muy decente que—dícese—era hija de un caballero de la nobleza que dió a Amat 8000 pesos para la construcción de Las Nazazrenas (35).

Enfermó el virey un tiempo. Para restablecer su afectada salud iba a la quinta que en Miraflores tenía su sobrino, el Capitán Don Antonio de Amat. Pero la Perricholi era su mejor homeopática. Prescindiendo de ella, mal podía curarse. Por eso, siempre, tras él iba Miquita, en forlón, en balancín o caballo vestida de hombre en este último caso.

Amat, en lujosa virreynal calesa, salía rumbo a Miraflores, “llevando consigo a su discípulo Alos” (36), que no era otro que el hijo que tuvo en Miquita. Llegados a Miraflores, La Perricholi cantaba, bailaba, se sentaba sobre las piernas del sexagenario virrey, comía dulces en el mismo plato que éste y con el tenedor de Amat, quien galante y enamorado, acercaba suavemente los bocado-dillos a la tentadora boca de Micaela. En fin, “pasaban un par de horitas de sabrosa intimidad”, contemplando al “discípulo Alos” retozar en la sala, elegantemente vestido, cruzado el pecho por una banda roja, semejante a la de San Genaro que lucía su padre y portando lujoso espadín.

Amat se lució con Miquita entre damas y caballeros de añeja alcurnia, dando a su querida superioridad sobre aquellas y llegando hasta hacerlas bailar juntas, como se cuenta en el Drama de Los Palanganas.

(34) Drama de los Palanganas Veterano y Bisoño.

(35) Drama de los Palanganas Veterano y Bisoño.

(36) Drama de los Palanganas Veterano y Bisoño.

Repárese en lo que significaba la palabra "cómica" en esos días, y se comprenderá la osadía de Amat.

La nobleza odiaba a la Miquita: ¡Era tan solo una perra-chola!. Y se entiende: las había opacado; lugar donde ella estuviera concitaba la atención y el cumplido de todos los caballeros; las había humillado, máxime cuando se veían obligados, no obstante su despecho, a lisonjearla y aplaudirla. Y esto lo perdonaron las encumbradas damiselas del virreynato de Amat. Pero el pueblo estaba con Micaela que era del pueblo. Este era el mayor galardón que podía ostentar la Perricholi. Tan estaban con ella los limeños de las clases bajas, que en todas las coplas alusivas a los amoríos de Amat solo se burlaban del virrey: jamás de ella. Tenían gran placer en que rabiara la aristocracia contra la hermosa criolla sin poder manifestar su ira como ella sabía hacerlo, con la prisión, el destierro o la inquisición; y que nada menos que el virrey del Perú estuviera así, indirectamente, bajo la influencia de lo nacional, de lo propio. Por lo demás, estas no son palabras tan solo. El autor ignoto del Drama de Los Palanganas dice que todos los que estaban alrededor del teatro, "que era infinita gente", aplaudían hasta el delirio y a gritos de ¡Viva! ¡Viva! aclamaban a la Perricholi.

Toda esta popularidad de Miquita y la creciente adulación de la nobleza para con ella hacían presumir que Amat la haría su legítima esposa. Y esto era voz populis. Afirmaban otros que el virrey no abandonaría el Perú, que se quedaría en Lima a vivir maritalmente con ella, en la espléndida quinta que seguro con ese fin había hecho construir en el Retiro. Algunos estaban convencidos de que se la llevaría a la Corte para lucirla como la más preciada joya que había hallado en estos reynos. Pero nada de esto ocurrió, como ya veremos.

Caprichos de princesa los de la Perricholi. Se empeñó en que en la Alameda hubiera un juego de Aguas, acueductos, jardines y surtidores que pusieran la nota de colorido y gracia que su sensibilidad reclamaba. Y Amat empezó a construir el Paseo de Aguas.

Otro día, que Palma lo ubica en La Porciúncula y J. A. de Lavalle en el de las fiestas que se celebraban en Lima con motivo de la recepción de la Orden de San Genaro que le rey de Nápoles confirió a Amat, se empecinó en pasear en linajuda carroza de doble tiro de mulas. El antojo puede parecer pueril. Pero no lo era. Su trascendencia escapa a la simple vista; más cuando se sabe que el ir en carroza de doble tiro se tenía por privilegio exclusivo de los títulos de Castilla, entonces recién se comprende su importancia.

Realizó su intento Miquita. La Alameda vióla pasear bella como nunca entre las miradas preñadas de enojo de la nobleza, que no esperaban tal humillación. Al cruzar el arrabal de San Lázaro, la criolla encumbrada por obra y gracia de un amor, miró desfilar al cura de la parroquia seguido del monaguillo y gran número de fieles portando el Santísimo... ¡Y ella, pobre pecadora, en Mullida y riquísima carroza mientras el hijo de Dios, por la calles, a pie, era conducido a redimir una vez más al hombre!... No, no podía ser. La religiosidad, el fanatismo de la época mejor, fué muy grande. La Perricholi, sobre todo, era cristiana. Por eso, en un arranque de inspiración misticista, pensando en el perdón de sus culpas, Miquita se apeó de su carroza, donándola luego, con todos sus arreos, postillones y lacayos inclusive, a la Parroquia de San Lázaro, para que sirviera para la conducción del Santísimo (37) Después, extremando su celo cristiano, recluyóse luego en un convento. El tosco sayal de las vírgenes del Carmelo reemplazó a los brocados cortesanos hasta su muerte. Pero en la Historia quedó, como dice Lavalle, "la huella breve de su pulido pie".

La Perricholi representa una pérdida de crédito de la nobleza española, tanto en el orden social como dentro del campo de los valores morales que aquella propugnaba. El respeto por la sangre azul va a ir en creciente descenso durante el resto del siglo XVIII, hasta terminar por extinguirse. La chola Villegas, mestiza, hija del pueblo, sin mayores títulos que los que confieren gracia e ingenio, va a reynar en la ciudad de los virreyes. Para ella iniciará la construcción del Paseo de Aguas Amat. Pensando en ella tal vez hizo construir su palacete del Rincón. Por ella el rey absoluto del Perú, yue esto eran los virreyes, cometió locuras, importándole un bledo la mojigatera y las titulaciones coloniales. Por ella, será humillada al máximo la nobleza perulera ante la sonrisa complaciente del pueblo. Y el resquemor racial por el triunfo del cholismo se manifestará en todo género de insultos, a cual más procaz, contra la Perri. Esto mismo hará surgir a la mujer criolla como motivo en la literatura. En el siglo anterior las inspiradoras de endechas y romances fueron Deyanira, Penthesilea, Onfalia, etc, mujeres idealizadas, abstracciones de mujeres. Ahora la musa antipopular atacará a la Perricholi, a una mujer concreta y criolla por añadidura, hasta que se imponga la mujer peruana individualizada con la Silvia de Melgar y propague su imperio hasta los dominios de la musa popular, surgiendo las canciones a Mercedes, o a Victoria, o a Julia. De otro lado, el ejemplo dado por las clases dirigentes, hará que

(37) "La Carroza del Santísimo Sacramento", drama de Merimée, se inspira en este auténtico hecho que, por otra parte, también lo relata Max Radiguet en sus "Viajes a la América Española".

se pierda el respeto a ciertas normas. Y así surgirá nuestro criollo pregonando igualdad en el amor primero y en todo lo demás después. Que el proceso seguido para llegar hasta aquí haya sido largo no significa, ni mucho menos, que no se haya originado con la irrupción de La Perricholi, ya que lo contrario nos está demostrando el estudio del sentir del pueblo con respecto a ésta. Jamás—como ya lo dijimos—la Perricholi fué blanco de ningún insulto de los anónimos copleros del arrabal. Se le trató siempre con simpatía, zaherizando solo a la nobleza y al mismo virrey.

Tal el romántico episodio de los amores del virrey Amat con la cómica peruana, y tal su significado en la génesis del criollismo.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puiguet y Converso»

